

También por eso la Iglesia nos hace cantar que la hostia eucarística nos ha sido dada por María: «Ave verum corpus natum de Maria Virgine: Salve, cuerpo verdadero, nacido de la Virgen María».

Por idénticas razones, le corresponde a la Santísima Virgen formar y adiestrar a los sacerdotes católicos a su victimado, a la inmoliación de su propio sacerdocio, a esa ciencia tan sublime de la Cruz: lo que Ella fue para Jesús, lo sigue siendo para el sacerdote de Jesús.

Conclusión.

Se ve entonces qué lazos estrechos vinculan al sacerdote con María. Ya que Ella fue el santuario donde se celebró la ordenación del gran Pontífice, fuente de todo sacerdocio; ya que Dios hizo depender de su consentimiento este sacrificio inefable; ya que, en fin, Ella proporcionó el sujeto de la ordenación y la hostia santa del sacrificio, hay que decir que **el sacerdocio católico es esencialmente dependiente de María**; que encuentra sus orígenes en María; y que, por consiguiente, Ella es llamada mercedidamente *Madre del Sacerdocio* y *Reina del Clero*.

Por eso mismo, todo sacerdote católico, para conformarse al plan divino y hacer fecundo para las almas el poder que ha recibido, debe recurrir a María Santísima, y hacer depender de Ella su sacerdocio. Si quiere ser fiel a la gracia de su vocación, la devoción a la Santísima Virgen no ha de ser para él tan sólo un episodio en la obra de su santificación, sino que ha de ser la forma misma de su vida espiritual. De esta misma devoción a María debe esperar, de parte de la Santísima Virgen, dos importantísimas gracias:

*1º La primera es la gracia de **morar siempre en ese templo interior que es el Corazón de María**. Ahí fue ordenado sacerdote; esa es y debe seguir siendo su atmósfera propia. En el interior de María ha de aprender a recogerse, refugiarse y perderse, para llegar a ser un auténtico sacerdote.*

*2º La segunda es la gracia de **seguir beneficiándose de los cuidados maternos de María**, para que Ella, con su colaboración efectiva, prosiga en su alma la obra de formación sacerdotal. A Ella debe acudir para pedir al Señor las disposiciones interiores, verdaderamente sacerdotales, que lo hagan asemejarse cada vez más a Jesucristo Sacerdote.*

Rueguen instantemente las almas piadosas a la Madre del Sacerdocio, para que derrame abundantemente las gracias de vocación sobre las nuevas generaciones; para que Ella suscite sacerdotes fervorosos, firmes en la doctrina de la fe, devorados por el celo de la caridad, dispuestos a ofrecerse cada día en holocausto en unión con Cristo, víctima eucarística; y para que en cada joven clérigo Ella prepare con cuidado materno el sujeto de la ordenación, como lo hizo con Jesucristo.

Vínculos entre la Virgen María y el Sacerdote

María es llamada muy justamente *Reina del Clero* y *Madre del Sacerdocio*. Estos títulos le convienen muy verdaderamente, y en el sentido de la teología más rigurosa.

No sólo Ella nos ha dado a Aquel que es de hecho el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, sino que además Ella nos lo ha dado *en su misma condición* de Sacerdote. Dios la llamó a colaborar en la ordenación sacerdotal de Jesucristo, de la cual dependen y participan todas las demás ordenaciones en la Iglesia, hasta el fin de los siglos.

Por eso, en virtud de su ordenación sacerdotal, todo sacerdote contrae con la Santísima Virgen toda una serie de vínculos, que hacen que su sacerdocio, como el Sacerdocio católico en general, sea **esencialmente mariano**, y ello por cuatro motivos principales: • primero, porque el Corazón de María es *el templo* donde se realiza toda ordenación sacerdotal; • segundo, porque la Santísima Virgen *colabora* en toda ordenación sacerdotal; • tercero, porque a la Santísima Virgen *le compete formar* a los candidatos al sacerdocio; • y cuarto, porque a la Santísima Virgen le compete hacerlo *víctima* de su propio sacerdocio.

*Para comprender convenientemente estos puntos, hay que recordar previamente que Nuestro Señor Jesucristo es constituido sacerdote por la Encarnación, y sólo por ella; es decir, que el sacerdocio no le compete en cuanto Dios, sino sólo **en cuanto hombre**, gracias a la naturaleza humana que recibió de María Santísima. Por esta naturaleza humana, Jesucristo pasa a ser de nuestra raza, y queda establecido como Mediador perfecto y único entre Dios y los hombres. Pues bien, de esta verdad se siguen las siguientes consecuencias:*

1º La Santísima Virgen fue el Templo de la ordenación sacerdotal de Cristo.

En efecto, la ordenación sacerdotal de Nuestro Señor Jesucristo se celebró en el purísimo seno de la Virgen María. Para esta ordenación divina se requería un templo santo, cuyo esplendor no quedase empañado por ninguna sombra. *María fue el santuario virginal*, amorosamente preparado por el Espíritu Santo, donde se celebró el rito inefable de la consagración de Jesús como Sumo Pontífice. Y

como el sacerdocio católico no es sino una participación del sacerdocio de Cristo, forzoso es decir que también él encuentra su origen en el Corazón de la Madre de Dios.

Así, pues, mientras el sacerdote es ordenado en el templo material donde el obispo lo consagra, se halla también en el interior de otro templo, espiritual esta vez, que es el mismísimo seno de la Santísima Virgen; templo que supera al primero en hermosura, en tesoros de gracia, en amplitud, en recogimiento, en adoración, en alabanza de Dios.

2º La Santísima Virgen colaboró en la ordenación sacerdotal de Cristo.

En efecto, María no fue un templo inerte, como un copón de metal precioso, o como una iglesia edificada con piedras materiales; Ella fue un santuario vivo, que *cooperó libremente a esta sublime ceremonia*. Dios quiso que María concurrese por su caridad a dar el Mediador al mundo. Al recibir la embajada del Ángel, Ella vio, en una luz profética, por medio de qué sacerdocio debía ser redimida la humanidad culpable; vio la perpetuidad de ese sacrificio en la Eucaristía hasta el fin de los tiempos; vislumbró toda la secuencia de sacerdotes de la Nueva Alianza cuyo sacerdocio debería encontrar su fuente en el sacerdocio principal de su Hijo.

Todo eso dependía entonces de su dócil y amorosa aceptación; todo eso lo quiso María al asociarse a los designios de Dios. La ordenación de Cristo sólo se realizó cuando María hubo dado su consentimiento; sólo después de pronunciar Ella su «*fiat*», la unción divina se derramó sobre la naturaleza humana creada en ese mismo instante por el Espíritu Santo para unirla hipostáticamente a la persona del Hijo único del Padre.

De este modo, por un nuevo título, el Sacerdocio de Cristo depende de Ella; y por consiguiente, también el sacerdocio católico, que se deriva totalmente del Sacerdocio de Cristo, encuentra su origen en el «*fiat*» de la Madre de Dios.

Así pues, Ella, la Mediadora de todas las gracias, se reserva para sí la gracia selecta de las vocaciones sacerdotales; Ella es la que elige cuidadosamente a los candidatos sobre los que ha de recaer el privilegio de ser los sacerdotes de su Hijo; de su consentimiento depende que lleguen a la ordenación quienes son revestidos del sacerdocio. ¡Qué motivo para ellos de profundo agradecimiento a la Madre de Dios! ¡Qué confianza en el amor de preferencia que la Santísima Virgen tiene hacia ellos!

3º La Santísima Virgen preparó el Sujeto de la ordenación, Cristo Jesús.

No quedan ahí las cosas, sino que además la Santísima Virgen aportó el *sujeto de la ordenación*. Ya que de Ella tomó el Verbo esta humanidad en la cual se derramó, para impregnarla sustancialmente, el óleo de la divinidad. El Dios he-

cho hombre es Sacerdote según la carne, y esta carne santísima la recibió El de la Virgen María.

Otras madres pueden alegrarse de haber dado sacerdotes a la Iglesia, pero estos hijos no los han engendrado como sacerdotes; el carácter sacerdotal sobrevino después, de manera adventicia, a la naturaleza que recibieron de sus madres. Al contrario, la Virgen María no es la Madre de un Hijo que luego fue hecho sacerdote, independientemente de Ella, después de su nacimiento; sino que Ella engendró a Jesús *en su condición misma de Sacerdote*. Gracias a María, el hombre nacido de ella recibió, por su unión a la divinidad, poderes extraordinarios, exclusivos de Dios: el poder de perdonar los pecados, el poder de enseñar las verdades sobrenaturales recibidas del Padre, el poder de redimir y santificar a las almas.

Lo mismo que la Santísima Virgen hizo con Nuestro Señor, lo hace con todos los sacerdotes de su Hijo. Después de haber elegido cuidadosamente a los candidatos en los que Jesús debe ser configurado mediante el carácter sacerdotal, ella los engendra a este sacerdocio; Ella los reviste, por así decir, de los poderes divinos exclusivos de su Hijo; Ella los forma, los adiestra, los acompaña en su actividad sacerdotal. Siempre encontrará el sacerdote junto a él a esta su Madre querida, siendo su Asociada siempre fiel en la obra de la redención de las almas, como lo había sido ya con su Hijo Jesús.

4º La Santísima Virgen preparó la Víctima de la ordenación.

Finalmente, debe decirse que María no sólo formó al *sujeto* de la divina ordenación, sino también a la *víctima* de ese sacerdocio. En efecto, para ser víctima hay que tener algo que ofrecer, que sacrificar, que inmolar. Jesucristo recibió de María ese algo que ofrecer, a saber, su misma naturaleza humana, su cuerpo y su sangre, capaz de sufrir y de morir, capaz por lo tanto de ser destruida e inmolada en honor de Dios, para adorar la divina Majestad, expiar los pecados, agradecer los bienes divinos e impetrar las gracias de Dios. Esta era la única Hostia capaz de aplacar a la justicia divina. Y por eso Jesucristo comenzó su sacrificio, es decir, comenzó a ser víctima, en el seno de María.

De este modo, la Santísima Virgen no sólo fue el *templo* de la ordenación sacerdotal de Cristo, sino también el *altar* donde ese mismo Cristo empezó a inmolarse: «*Al entrar en el mundo, Cristo dice: Sacrificios y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: Heme aquí presente. En el comienzo del libro está escrito de mí; quiero hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad*» (Heb. 10 5-8).

Esta misma hostia, proporcionada por la Virgen, es la que se ofreció en el Cenáculo y en la Cruz, en la acción suprema de la inmolación, y cuya oblación se renueva cada día en nuestros altares por el ministerio de los sacerdotes. Por eso los Santos Padres aclaman a María como «el tallo glorioso de que brotó nuestra Eucaristía».